



DONDE EL CIELO
ES MÁS ALTO

Manuel Martín Hidalgo

DONDE EL CIELO
ES MÁS ALTO



Primera edición: marzo de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Manuel Martín Hidalgo

ISBN: 978-84-18663-20-8

ISBN digital: 978-84-18663-21-5

Depósito legal: M-5440-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

AL LECTOR

Tengo que empezar diciendo que esta novela ha sido posible porque cayó en mis manos, casualmente, un libro titulado *La Huelva británica*, que trataba de un tema para mí, como para la mayoría de españoles, desconocido: la explotación de las minas de Riotinto por la inglesa Rio Tinto Company Limited, alias la Compañía. Conforme fui adentrándome en el conocimiento de esta Huelva tan distinta al resto de Andalucía, fue aumentando mi interés al tiempo que mi indignación, pues ¿cuántos, aparte de los allí nacidos o que hayan vivido o trabajado, conocen esta parcela de nuestra historia?

Mi agradecimiento muy especial al escritor andaluz nacido precisamente en esa zona minera Juan Cobos Wilkins, que con su obra, la que antes he citado, me descubrió un mundo inimaginable y de la que me he servido para documentarme y «ponerme en situación» para poder escribir de aquellos tiempos. Su libro me llevó a otros que trataban el mismo tema, como el de Concha Espina, *El metal de los muertos*. También he visto la película basada en la novela *En el corazón de la tierra*. Después, vino una exhaustiva documentación que me ayudó a completar esta novela. El título está tomado de ese lugar, Corta Atalaya, mina a cielo abierto en el que cada día se ahondaba más y más y parecía más alto el cielo.

1

Agosto, 1898

Es agosto. Pronto será mediodía en tierra española. El vapor Alicante, pausado, pesadamente lento, enfila su proa para atracar en el puerto. En sus bodegas vuelve una parte del ejército de Cuba, hombres que arrastran sobre sus hombros derrotas y enfermedades. Junto a este grupo de vencidos soldados regresa también una decena de civiles con sus familias y enseres, todos ellos hombres de negocios que han tenido que huir tras haberseles requisado sus propiedades al no haber mostrado suficiente lealtad a la causa independentista. En corro, mientras fuman gruesos cigarros —una costumbre muy colonial, sin duda— comentan sus más inminentes planes para el inmediato futuro.

Tras el ataque, enseguida comienza el desembarco de los soldados heridos. Cuerpos famélicos, rostros enjutos, afilados de hambre, requemados de lluvia y sol con el desvarío del miedo y de las fiebres todavía en sus ojos. Los que pueden valerse por sí mismos bajan con precaución por la estrecha escalerilla del buque; algunos dejan sus muletas a un lado y besan el suelo al poner el pie en el muelle; otros no pueden contener el acceso impetuoso de llanto. A los más graves los desembarcan sus compañeros en camillas; cuerpos martirizados por infinitos temblores que van cubiertos con viejas y malolientes mantas. Algunos curiosos se arremolinan y ayudan; otras manos, desprendidas y generosas, reparten caseras viandas. Unos niños desarrapados, descalzos y sucios, hijos del puerto, se ofrecen para traer vasijas de agua que los camilleros dan a beber a los heridos que transportan. Beben estos ansiosamente y, en su afán de saciarse cuanto antes, desperdician el agua que les cae por la boca mojándoles los escuálidos pechos. Una anciana llega hasta una de estas camillas arrebujada en sus ropas negras, con un pañuelo también negro en su cabeza, y acaricia, en su desvarío, con sus manos negras y toscas, la cara de uno de estos heridos tomándolo por su hijo desaparecido.

Esta vez no hay autoridades encopetadas en el muelle ni bandas de música para recibirlos; no se han engalanado ni el puerto, ni las calles con reposteros, ni banderas; no han venido bellas mozas que, con pañuelos y sonrisas, alcen jubilosas sus bien torneados y desnudos brazos como ocurriera en la despedida... Los que vuelven ahora son solo unos derrotados. ¡Se ha perdido, sobre todo, Cuba!... ¡Se han dejado vencer y España ha perdido, por culpa de estos famélicos soldados, la perla más preciada de su corona!... Al menos, eso es lo que se piensa en España.

El soldado Manuel Almendral, del Regimiento Alcántara, es uno de estos sobrevivientes que vuelve a casa después de haber dejado atrás el infierno de la manigua. Él es uno de los pocos afortunados que vuelve sano, al menos de cuerpo. Ha peleado y ofrecido su vida —que ha salvado de milagro gracias al sable de aquel joven teniente que, decidido y con vigoroso brazo, lo había interpuesto entre el machete mambí y su cuello— porque eso era lo que se esperaba del soldado español, garante en aquellas tierras del honor de la patria. Un honor —él lo había aprendido bien allí— que solo atañía a los pobres, a los campesinos y mozos, a los artesanos y aprendices que no habían podido pagar «el rescate» de trescientos duros para librarse del servicio militar. A los otros, como el hijo del amo de Los Pajarones y esos otros señoritos de casino que quedaban en las ciudades cortejando y aprovechándose, solo por divertirse, de las novias que ellos habían dejado con el pañuelo limpiándose las lágrimas, no se les exigía que lucharan por ese honor, aunque fueran sus padres los que encabezaban la sociedad que tanto sentía la pérdida del último bastión del Imperio.

Hacia más de dos años que a Manuel lo vistieron de soldado con el uniforme de rayadillo, lo pertrecharon de un viejo fusil, corroídas trinchas y cartucheras de cuero negro y, con escasa instrucción, lo embarcaron con otros parias como él hacia una guerra que hasta entonces ni siquiera sabía que se estuviera librando. Después, vinieron días y días de navegación hasta Cuba —palabra mágica para los que habitaban allá en el cortijo de Los Pajarones, apegados a la tierra y sin más horizontes que las besanas de los campos del amo— en los que el estómago parecía no ser suyo; días de vómitos, de olores a agrio en la enorme bodega de aquel barco; el rancho diario hecho a base de galletas rancias y agua con un insoportable sabor a óxido de los depósitos, para llegar, al fin, al lugar de la lucha y de la pelea a lo largo de aquellas trochas. Y allí sintió el cansancio que nunca padeció en el barbecho y el miedo a la emboscada y a la enfermedad, en medio de una brisa que le traía olores desconocidos.

Ahora, a la vuelta a casa después de casi tres años de penurias y continuos sacrificios, nada de lo que le sentó mal a la ida tenía ya importancia. Ni si-

quiera la ausencia de sus compatriotas para darles un honroso recibimiento. Volvía como integrante de un ejército derrotado y no era excusa, para los que se habían quedado en España, ni la escasez de hombres con capacidad para combatir, ni el defectuoso armamento, ni la mala o nula alimentación, ni el ser diezclado por las terribles fiebres. Nada de eso importaba. ¡Se había perdido, sobre todo, Cuba!... Y para ellos, pobres soldados sin apenas instrucción, mal equipados y alimentados, el desprecio del Gobierno y del resto de los españoles... No merecían que ninguna autoridad acudiera a recibirles... ni ninguna guapa moza...

Por la estrecha escalerilla de desembarco seguían bajando en camillas aquellos cuerpos escualidos que un día, jóvenes y fuertes, España reclamara para su servicio, exigiendo su fuerza y su juventud, y que ahora devolvía mutilados o presos de la malaria o del vómito negro. A media tarde terminó el desembarco de aquel resto de ejército que dejó en el muelle un hálito de melancolía malsana en los curiosos que lo habían contemplado.

Manuel y los otros tres compañeros que habían pertenecido al mismo escuadrón son llamados por su capitán, el mismo oficial que, siendo el teniente jefe de su sección, le salvara la vida. Se cuadrán y saludan a un tiempo. Corresponde el aristócrata oficial al saludo de sus soldados sin la gallardía que acostumbrara en otras ocasiones. Frente a frente, observan cada uno de ellos el rostro demudado del capitán y uno tras otro sienten su afectuoso abrazo.

—Es todo lo que me queda —les dice el capitán al tiempo que alarga una bolsa de tela con el resto de antiguas pagas—. Repartirlo entre los cuatro e irnos como podáis para vuestras casas. Aquí queda roto vuestro compromiso con la patria.

Hay un nudo que atora la garganta de esos soldados al despedirse de aquel joven capitán que supo mandarlos en la batalla y que, a pesar de su juventud, había sabido luchar valerosamente e infundir en todos ellos, patanes del terruño, el orgullo de pelear por unos ideales que muchos no llegaron a entender, pero que, no obstante, supieron mantenerse obedientes y disciplinados en sus puestos hasta el final. Y Manuel era el que más le debía. Los cuatro soldados, mudos por aquella imprevista emoción, lo vieron marcharse sin la prestancia que había usado otras veces, casi encorvado, mirando al suelo.

—Lo primero que tenemos que hacer es reponer fuerzas antes de emprender el camino, muchachos. A mí, hasta mi tierra, me queda un buen trecho —dijo mostrando el dinero dado por el capitán en su mano y echando a andar hacia una de las tabernas de fuera del puerto el más alto de ellos, en el que se adivinaban en sus mangas, más que se veían, antiguos galones de cabo en su sucio uniforme.

—¡Anda que a mí! ¡No tengo ni la menor idea de para dónde tengo que empezar a andar! —comentó Manuel con la resignación propia del que ha perdido por completo toda esperanza.

—Hacia el sur, muchacho, siempre hacia el sur —volvió a comentar el cabo girándose hacia atrás y apresurando al grupo.

Un sonido estridente de sirena anuncia la entrada en puerto de otro barco. Los descargadores se agrupan para ser contratados en la descarga. Vuelven el ajetreo y las voces; los coches de alquiler aguardan pacientes a la posible clientela; mujeres de dudosa moralidad, antes asustadas por la carne lacerada que bajaba por la escalerilla del barco, se muestran ahora desafiantes en sus marchitas bellezas, apalabrando con los marineros recién desembarcados, que las detienen a su paso, un apresurado encuentro en cualquier habitación de las tabernas cercanas.

En el puerto había un gran trasiego a esas horas de la tarde, y el bar en el que entraron estaba lleno de militares, civiles y marineros extranjeros. Al fin, Manuel y sus compañeros encontraron un apartado donde creyeron poder pasar un poco desapercibidos, pero cuando el camarero traía los platos de sardinas, de pulpo y patatas, y algún que otro chorreante chorizo, acudieron a ellos otros compañeros que, desperdigados por las mesas, ni habían tenido la suerte de que alguien pagara su comida, ni que no tuvieran tanta hambre como para que no despertara en ellos abrazos de vieja camaradería. Ya uno cogía el tenedor del cabo, ya otro partía un pedazo de pan de la gran hogaza que había colocado el tabernero en la mesa y mojaba en la salsa, de tal suerte que la comida para los cuatro fue repartida al menos entre ocho, con lo cual pronto se le vieron los fondos a los platos de barro. Bebieron eufóricos unas veces y, otras, tristes, recordando a los conocidos que habían dejado allá en Cuba, hasta que gastaron el último real. Luego, salieron formando una gran algarabía dispuestos a buscar sitio donde poder pasar la noche. Recostados en un seco malecón, aquellos que tantas noches pasaran bajo la pertinaz lluvia de la manigua, volvieron a pasar juntos —casi abrazados como en la trocha— su última noche de exaltado compañerismo. Al amanecer volvieron los eufóricos abrazos de otra recomenzada despedida.

Ya la mañana levantaba un sol brillante en un cielo azul que conservaba estrechos jirones blanquecinos de nubes cuando fueron llamados por una muchacha mulata, vestida como las doncellas criollas que habían visto tantas veces en algunas de las mansiones cubanas cuando hacían patrullas para proteger a estos ricos hacendados. En su lengua, mezcla de sonidos abiertos como sus gruesos labios, entendieron que el hombre, vestido todavía con levita al estilo colonial, aguardaba a que acompañaran a su criada.

—Mi amo, don Norberto, aquel señor de allá, os llama, muchachos. Dice que os podéis ganar unas pesetas.

Suspendieron Manuel y sus compañeros los efusivos abrazos de despedida con los otros soldados y se encaminaron hacia el hombre que les había señalado la mulata, que junto a una joven que debía ser su hija parecía apalabrar con unos carreteros el porte y así poder descargar lo más rápidamente posible los muebles que traía en el barco recién atracado. Todas las miradas de los mozos recayeron sobre la figura de la joven.

Don Norberto, rico hacendado en Cuba, fue dueño en otro tiempo de extensas plantaciones de azúcar y de una importante factoría, pero tuvo que salir de la isla precipitadamente por las amenazas de los nativos, que veían en él el rostro del imperialismo español contra el que se habían rebelado. Menos mal que, como hombre avezado en los negocios y previsor de lo que podría ocurrir, hizo con la suficiente antelación la venta de todos sus bienes y colocó su dinero en un importante banco de Liverpool donde tenía una especie de agente comercial. Igualmente, haciendo preparativos con antelación (había ido sacando los muebles más valiosos de noche de su casa y guardándolos en un viejo almacén, donde los tuvo guardados hasta el momento de embarcar) pudo volver a España sin haber perdido demasiado, como les ocurrió a muchos de sus conocidos. Oriundo del norte de Andalucía, de donde su padre había partido a los quince años, comprendió que tras la derrota vendría la represión para aquellos que de forma manifiesta no se hubieran declarado partidarios de la insurrección y que, por tanto, pagarían cara su deslealtad.

Y no se equivocó.

Y don Norberto, para compensar a su hija, a la que amaba por encima de todo, de la pérdida de tan alta posición en la sociedad que dejaban, le prometió grandes fiestas en la nueva casa y un lujoso salón lleno de jóvenes de ambos sexos regodeándose y pavoneándose entre sillones de anchos respaldos y brazos de terciopelo. Más tarde, su agente inglés, después de haber invertido en acciones de las minas de Riotinto, viajó a España para comprar la mansión de una importante familia de rimbombante y antiquísimo título y apellido venida a menos. Pero a última hora se precipitaron los acontecimientos trastocando sus planes y hubo de coger el primer barco que saliera, aunque el puerto gallego no fuera el punto de destino.

En el momento en el que los jóvenes se acercaban, el indiano terminaba de ajustar el precio con los carreteros para transportar sus ricos muebles hasta otro muelle donde estaba atracado el barco que habría de llevarlos hasta Huelva. Pero para esta operación de traslado necesitaba, además de los carreteros,

también fuertes brazos que los volvieran a cargar y descargar de los carros lo más pronto posible ante su inminente salida y, por eso, había mandado llamar al grupo de soldados que, apiñados en abrazos, estaban despidiéndose.

La mirada de la señorita con que acoge los rostros, cuerpos y uniformes sucios es una mirada, al principio, de indiferencia. Pero los ojos de los mozos la buscan furtivamente mientras, con ímprobos esfuerzos, mueven el piano hasta embocarlo a la parte trasera de uno de los carros. Ella va delante avisando para que no le den ningún mal golpe que pueda rayar su noble y brillante madera. El perfume de su cuerpo se expande en el estrecho espacio en el que trabajan ellos. La mirada de Asunción —que así la han oído nombrar por la criada mulata que la acompaña— se cruza con la de ellos, en las que hay un brillo de desafortados deseos. Pero ella sostiene, con esa superioridad y confianza con que son educadas las señoritas ricas, la mirada de los que acaban de dejar de ser soldados, y se le nota que siente una enorme satisfacción porque sabe leer en ellos sus atrasadas ansias de mujer. Asunción detiene su mirada justo en el que está enfrente, un guapo y fuerte mozo, moreno, en el que no se notan demasiado las huellas de la campaña. Después, incitante y descarada, Asunción detiene sus ojos desafiando los de Manuel. El joven soldado siente recorrer un escalofrío a lo largo de su espinaza ante la sonrisa de rosa pálido de sus labios. Y, sin pretenderlo, aquella mirada de fuego y aquella línea de labios fuertes permanecieron guardados intactos en su memoria hasta que, casi dos años después, volvió a encontrarse con ella.

Allá, en la casa de Cuba, Asunción había tenido una niñez rodeada de criados que satisfacían todos sus antojos, pero nunca tuvo una amiga. Ella veía correr y jugar, saltar y reír a las niñas de su edad, hijas de los braceros que algunas veces, en su aislamiento de señorita, la miraban con sus grandes ojos saltones y negros, pero a las que les estaba prohibido acercarse a la niña del amo. Y la señorita Asunción vivió su infancia al margen de los juegos y de las risas de las únicas niñas que veía a su alrededor. Pero Asunción, a veces, teniéndolo todo, estaba triste. Sus días fueron de soledad en medio de la hacienda donde tanta gente trabajaba; sola, sola siempre con sus juguetes, sus *ponys* y sus tatas zalameras que la mimaban. Asunción, criada de esta manera, nunca tuvo necesidad de sentir dentro de ella lo que se conoce por sentido del deber y, como consecuencia, tampoco del recato que una señorita había de demostrar al entrar a formar parte de la sociedad a la que, en ese momento, como hija de tal padre, pertenecía. Se había criado sin una madre ni nadie que le impusiera un poco de orden y disciplina en esa indolencia de rica criolla. Su capricho era ley para todos los sirvientes y nadie en la mansión se atrevió nunca a contradecirla;

primero, la consintieron cuando niña por su orfandad; después, su genio se impuso por encima de todas las voluntades.

Más tarde, conforme fue haciéndose mayor, fue cambiando en todos los sentidos, su semblante se hizo grave; en su apostura, distante; y con su belleza deslumbrante intimidaba. Se hicieron maduras y atrayentes sus formas, pero seguía estando sola porque los jóvenes que intentaban acercarse en las reuniones que hacían los ricos hacendados en sus haciendas no le parecieron al padre buen partido para su hija, y la fama de inalcanzable se extendió por toda la rica sociedad colonial cubana. Y Asunción, mientras esperaba al pretendiente adecuado, encontró refugio en las novelas románticas y, sugestionada por estos amores desbordados, comenzaron a tener alas sus sueños, aprisionados durante tantos años.

Pero don Norberto, que amaba por encima de todas las cosas a su hija, estaba siempre dispuesto a hacer por ella cualquier sacrificio, y uno, que le resultó el más doloroso, fue la cancelación de un ventajoso matrimonio con una joven viuda de la que se había enamorado y que también aportaría un hijo, un año mayor que Asunción, al nuevo núcleo familiar. En las sucesivas visitas que hizo don Norberto a la hacienda de la joven viuda acompañado de Asunción para que fuera intimando con la que iba a ser su nueva madre, el muchacho y la niña se pelearon cuando apenas tenían ocho y nueve años. Y de aquella pelea infantil devino una obcecación de Asunción contra el que iba a ser su hermano que, al final, terminó en un odio irreconciliable y en una tajante y caprichosa negación por su parte a aceptar a madre e hijo como integrantes de su familia. Acordaron los respectivos padre y madre posponer de buen grado el compromiso hasta que se serenaran los ánimos infantiles, pero, conforme crecían los niños, se acentuaban los odios y, al fin, a la vuelta de un largo viaje, don Norberto se encontró a la viuda casada con un conocido suyo del Círculo.

El padre, despechado contra el egoísmo de la hija, se trajo en el siguiente viaje de una de las haciendas a una bella moza criolla a la que, sin dar mayor importancia, hizo su querida oficial. Y, cosa curiosa, Asunción aceptó buena mente aquella relación de la que su instinto le decía que nada tenía que temer.

Poco después, la situación política y la guerra, y con ella la derrota que acarrearía la repatriación de muchos hombres de negocios a la par que al ejército, hicieron que don Norberto pusiera el océano por medio. Grandes perspectivas de inversión para los ferrocarriles y las minas traía el padre de Asunción maduras durante el viaje.

Y su hija traía toda su persona rezumando y mostrando una exuberante sensualidad impropia de la mojigatería de la vieja España a la que llegaban. Pero

Asunción paseaba indiferente ante miradas y gestos de rechazo su impulsiva presencia, que ella no estaba dispuesta a recortar. Andaría en esta tierra, de la que tanto había oído hablar, con la misma desenvoltura que mostrara en la otra orilla del océano. Ella era rica, poderosa, exigente con los criados tal y como le habían enseñado allí y zalamera con su padre hasta conseguir lo que deseaba.

Y Asunción, en los momentos en los que se encuentra con las miradas de deseo de los cuatro jóvenes que la miran constantemente y de manera furtiva, exhala un extraño aire de complacencia.

2

Manuel, tras cobrar las pesetas que pagó don Norberto Lécera por desembarcar sus muebles y cargarlos en el otro barco, se pone en camino hacia el cortijo Los Pajarones. Va hacia el yugo que heredará de su padre, como este lo heredó del suyo; camina hacia la obediencia al amo y a la besana. Vuelve porque allí, en las tierras que trabaja y que no son suyas, tiene que pagar la deuda que ha adquirido con su nacimiento; allá, en aquel cortijo de aldeañas casas a la del amo, nació su abuelo, su padre y allí había nacido él, que continuará con sus manos abriendo los surcos como el abuelo apacentó el ganado en las majadas o su padre proporciona la leña para la cocina de la casa y las chimeneas que calientan las habitaciones de los amos. Pero en este tiempo ha aprendido a tener su espíritu libre, aunque su cuerpo estuviera sometido a la disciplina militar, y siente ansias de volar de aquella tierra como ya hicieran otros. «Cogeré de la mano a Irene y le diré a sus padres: “¡La quiero! y me la llevo”», piensa mientras camina saboreando su reencuentro. «Pero ¿adónde?», es su siguiente pensamiento, si todo lo que tiene lo lleva puesto... Y de la rabia que de pronto le corroe el alma vienen a sacarlo recuerdos más dulces que le hacen, casi insensiblemente, dibujar un intento de sonrisa mientras echa un paso tras otro... «¡Hacia el sur. Siempre hacia el sur, muchacho!», que le advirtiera el cabo Núñez. Y mientras camina y camina es Irene la que acude de nuevo a su pensamiento. En su rostro, antes tan difuso, tan gastado de pensar en ella todas las noches de insomnio y en los momentos de imaginaria en las cuerdas o de vigilancia en la trocha, resaltan ahora en su memoria y adquieren firmeza sus rasgos propios... ¡Irene!... Y ese nombre, musitado por sus labios como venerable oración mientras camina a su encuentro, trae efluvios que calientan su alma... Su recuerdo le deja un temblor de nostálgica emoción. «¡Ah, Irene, cuánto te amo!», resuena continuamente en su cerebro al ritmo de sus pasos.

También ella, como sus padres, es hija de Los Pajarones... A su pesar, y aunque le gustaría que fuera otro su destino, allá, en aquel cortijo, tiene amarrados sus sentimientos al igual que sus recuerdos infantiles.

Durante el día el camino se le hace más fácil; va pensando también en su madre, en el tiempo transcurrido desde que salió de casa, en los cambios que se encontrará... Camina pensando en su familia, que dejó hace ya más de dos años. ¡Qué lentos se le hacían entonces allí los días y qué de prisa han pasado ahora los casi tres años! Mientras sigue echando un paso tras otro en la dirección que le han indicado —«¡Hacia el sur. Siempre hacia el sur, muchacho!»— se limpia la cara de lluvia, de esa lluvia fina del norte. Camina paso a paso. Siempre demasiado lento para sus ansias. Bordea tierras, arroyos, huertas cercadas, labrantíos. Se detiene una y otra vez, pregunta y sigue hacia el sur como le dijera el cabo en su despedida hasta encontrar un nuevo cordel, otra cañada o uno de esos anchos y antiguos caminos que cruzan España desde los tiempos antiguos. De pronto, una calle hecha de sol y de silencio de siesta que inesperadamente aparece ante sus ojos lo adentra en un pueblo miserable del que sale por el otro extremo sin haber visto a nadie, salvo a algún perro adormilado a la sombra del alero de un tejado que le ladra cansino, casi sin fuerzas. Por la noche es otra cosa, la humedad lo traspasa y tiene que detenerse y buscar refugio.

A veces siente brotar en su pecho accesos de rabia, pero no sabe contra quién dirigirla. Lo sacaron de su casa y de la besana y del calor de su yunta porque el ama, en esta ocasión, no quiso pagar la «redención en metálico», como había hecho con otros del cortijo. Lo vistieron con aquel uniforme que le venía grande y ancho; aunque poco y malo, durante la ida no le faltó bocado. Luego, lo montaron en el tren que lo llevó hasta el puerto, donde lo embarcaron con otros parias como él. Pero ahora volvía andando, irreconocible en los harapos del uniforme del Ejército de España que vestía, y con las alpargatas destrozadas.

Atrás va dejando el recuerdo de otros días, aquellos que tanto lo llagaron; días de interminables marchas sin descanso por la trocha; de galopes que dejaban exhaustos a los caballos; del olor penetrante de la manigua que todavía persiste en su olfato; días de exigente disciplina e ineludibles deberes. Días, en fin, de miedo a la emboscada o, peor aún, a las fiebres. En una emboscada se podía morir, pero le habían enseñado, otros que lo precedieron, a estar preparado para hacerlo como un soldado español llegado el caso; pero de las fiebres se moría entre terribles estertores, solo y olvidado, abandonado en un camastro maloliente. Le da pena y le escuece la derrota sufrida —orgullo de soldado hecho hierro en su propio corazón—, pero más ancha es aún la rabia que siente porque sus pies no saben otro camino que no sea el de aquella casucha asentada en las tierras del amo de Los Pajarones.

Cuando llega a un pueblo, ignorante de su situación, pregunta dónde está y por dónde tiene que seguir para llegar, por fin, a su tierra. En alguna taberna

lo invitan con desconfianza; en algún ayuntamiento le señalan un pajar donde dormir; en algún otro mercado lo auxilian con las sobras de la fruta no vendida; en alguna majada por la que pasa, el pastor no puede indicarle su camino porque, ignorante de otros lugares ajenos a su majada, desconoce por dónde cae su tierra. Pero ese día, en cambio, come carne y queso y comparte con el pastor, también solitario como él, una conversación de dos almas aisladas y un espacio caliente bajo la negruzca techumbre del chozo mientras se pasan de mano la bota de vino negro y espeso.

Mas al día siguiente hay que reanudar la marcha; todavía está lejos. Esta vez siente el estómago lleno y eso le hace sentirse contento y optimista y, entonces, deja que otros pensamientos más llevaderos le alegren el camino. Pensamientos que le llegan y que él, gustoso, atrapa y, arropado por ellos, llega contento a la plaza de un nuevo pueblo, de un cortijo, de una majada o de un nuevo cruce en el que debe dilucidar qué camino es el más idóneo escoger. Alguna vez se encuentra con un carretero que lo lleva hasta el siguiente pueblo y entonces comparte un rato de charla con él. Otras veces, cuando el hambre le muerde con fuertes dentelladas y el cansancio se le hace insoportable, deja que el viento le azote la cara para sentir su fuerza y el perfume que arranca violentamente del campo; un perfume que le recuerda su niñez en otro campo tan parecido. Entonces, todo el peso de su soledad y de su pobreza le cae sobre sus hombros y, agachada la cabeza y con los ojos rebosantes de tristeza, prosigue, tremendamente apesadumbrado, hacia la meta que ama y odia, pero que inexorablemente le aguarda.

Días de camino en los que se encuentra con campesinas de pañuelo a la cabeza. Son mujeres jóvenes hechas viejas antes de tiempo a golpe de duros trabajos y continuas penalidades y maternidades, sin que ninguna de ellas conozca de los elementos de belleza que usaban las señoras ricas. Él había visto esos potingues en numerosos y extraños tarros y botes sobre el tocador de doña Felisa un día que ayudaba a su padre a encender la chimenea del dormitorio del ama.

Mientras intentaba olvidarse de los dolores de sus pies y se dejaba poseer por los más dispares pensamientos y recuerdos, vio la miseria incrustada en los habitantes de las tierras que pisaba. En todos los rostros una pobreza resignada de la que no saldrían, así vivieran cien años. Y ve la infinita tristeza en los ojos grandes de los niños descalzos a pesar de la lluvia, que se abren más todavía cuando lo ven a él.

Le hubiera gustado que su caminar terminara en otra meta, o al menos tener otro lugar distinto al de Los Pajarones al que llevar a su novia, pero no había más meta para él que el labrar las tierras del amo. Todas esas sensaciones ¿dón-

de las había tenido guardadas durante este tiempo? ¿De qué región oculta de su alma u oscuro rincón de su cerebro salían ahora?... ¿Por qué se le hacía tan doloroso el regreso cuando «allí», mientras recorría a caballo una y otra vez la trocha esperando la emboscada, lo había deseado e imaginado tanto?

Manuel avanzaba con las zapatillas echando su último suspiro después de tantos días de caminata. ¡Tantos que hasta había perdido la cuenta de qué día fue cuando se puso en marcha para atravesar casi toda España, con su morral colgado del hombro, en el que una fiambra y un cubierto de campaña tintineaban al entrecocar y lo acompañaban en el tranco de sus pasos! Ambos cacharros, indispensables para la supervivencia en una guerra, habían sido sus compañeros inseparables de sus días y de sus noches, de sus hambres y de sus anhelos y ahora seguían marcándole el camino con su continuo tintineo. Pero, a veces, sus recuerdos eran tan sonoros que ocultaban este ruido. Esos recuerdos que traía consigo, como el cubierto y la fiambra de metal, eran unos recuerdos que ya nunca durante su vida se borrarían; recuerdos de una campaña y unas batallas diarias que, aquí en España, seguramente no merecerían semejante nombre, pero en las que había visto caer sin vida bajo el machete mambi o la bala traicionera a muchos de sus compañeros. Y si escapabas a esos días, llegaban las noches con sus fiebres. Todos sabían que aquel que se dejaba atrapar por la fiebre y era ingresado en la enfermería solo tenía una forma de salir de ella: con los pies por delante y metido en un cajón. Él no cogió las fiebres, pero estuvo a punto de perder la vida varias veces, y al final, a él y a aquel joven teniente, al que tanto admiraba y con el que siempre se encontraba peleando a su lado, parecieron respetarles las fiebres, las balas y los machetes. No había perdido la vida, era verdad, pero ahora, mientras caminaba y caminaba, le parecía que algo suyo, algo interior, además del hambre, del sudor y de la fatiga, algo demasiado íntimo, se había dejado atrás en el escudo de su regimiento, bordado en el guion al que seguían, o en aquella trocha entre Morón y Júcaro que tantas veces recorriera. Recordaba el nombre de su caballo, la nobleza del animal y su porfía cuando cabalgaba, empecinado el animal en adelantarse a los demás, en ser el primero en penetrar en las filas de los insurrectos. Él le hablaba mientras lo limpiaba y, acariciándolo como si el noble bruto tuviera sentimientos, le contaba sus amores y cuánto echaba de menos a su Irene. Una mañana, una bala dio con él en el suelo y ya no pudo levantarse. Él rodó sin que le pasara nada y, a la vuelta, subió en el de un compañero mientras un cabo veterano lo remataba con su fusil.

Sin embargo, Manuel no dejaba de reconocer que el tiempo pasado en el ejército, a pesar de todas las fatigas, de tanta hambre y del temor continuo a la

enfermedad o a la emboscada y a la muerte, había sido especial. Su memoria se revolvió inmediatamente evocando la tensión de aquellos momentos previos al combate o esperando la emboscada. El guion de su escuadrón era el elemento físico que aunaba el esfuerzo y la valentía individual de cada jinete del Alcántara, que luchaba por mantener con sus viejas y deficientes armas lo que los políticos en Madrid ya daban por perdido. Pero eso los militares no lo sabían, y ellos cada día salían a recorrer la trocha para llevar el avituallamiento a los puntos fijos donde brazos ansiosos y corazones angustiados aguardaban su llegada. Él, a pesar de tantos sacrificios, reconocía que solo entre aquellos jóvenes de cuerpos macilentos y destrozados había conocido un sentimiento nuevo y amplio de libertad interior. Allí era igual a los otros soldados; es verdad que tenía innumerables obligaciones y servicios, pero solo tenía la subordinación a aquel joven teniente que peleaba de igual a igual a su lado y el compañerismo de aquellos otros soldados del escuadrón tan pobres y analfabetos como él. Pero esto le producía una agradable sensación de libertad que no había sentido en la besana azuzando a las bestias que arrastraban la vertedera.

Reconocía que la guerra lo había marcado. Allí estaba la primera de las consecuencias: el no poder conciliar el sueño más de dos horas seguidas, periodo al que estaba supeditado el descanso de un soldado en la trocha entre imaginarias, guardias, cuadras y vigilancias... Pero era la sempiterna y viva imagen de Irene que acudía a su memoria la que le insuflaba las fuerzas para hacer por vivir un día más. Y pensamientos y recuerdos de aquellos días se le agolpaban tan claros como si fueran del día anterior, y él los admitía como agradables compañeros de viaje para mitigar los dolores de sus pies y poder seguir caminando a su encuentro. Estos recuerdos lo reaniman, le hacen buscar fuerzas en el fondo de su alma; y entonces su caminar es más decidido, más alegre. Y estos pensamientos de la manigua encadenan y arrastran a otros más lejanos en el tiempo... Y se ve junto a Alejo, su compañero de juegos, y otros niños intentando cazar lagartos; subiéndose a coger los membrillos que amarilleaban antes que fuera el señor José, al que llamaban el manigero, y se los llevara para hacer dulce en la cocina; o cogiendo brevas al principio del verano de la higuera, junto a la noria en la que bebían las yuntas, después del acarreo del pasto a la era. ¿Cuándo perdió aquella libertad? ¿En qué momento había dejado atrás la infancia? Tuvo que hacer un gran esfuerzo, al tiempo que asentaba con firmeza sus pasos en aquel cordal de polvo, para recordarlo. Pero solo encuentra sombras. Después de aquellos juegos, de aquella libertad sin límites, de aquellas salidas a corretear por los campos de alrededor sin control por parte de los mayores, de pronto, una mañana, está entre mujeres y con los otros niños compañeros de correrías

tras los segadores espigando lo que los hombres, en sus prisas con la hoz, no se detenían a recoger... Y encadenado con ellos le llegan otros recuerdos, esta vez tan agradables que sonrío abiertamente. Es de nuevo a Irene a quien busca su pensamiento; le agrada, ¡y desea tanto pensar en ella...!

Recuerda que, siendo niños, jugaban a hacer cabañas en los montones de troncos de leña que estaban a la espera de ser llevados por su padre hasta la cocina o a las chimeneas de las salas y dormitorios de la casa de los amos; otra veces, corrían detrás de las cabras a las que él, con gran habilidad, cogía y ordeñaba mientras ella abría la boca y él jugaba y se divertía con el chorro de leche apuntando unas veces a la boca abierta de Irene y otras a su cara o al pelo. Entonces, ella aparentaba enfadarse y salía corriendo detrás de él. Una tarde detuvieron sus juegos para prometerse ser novios para siempre... Después... Después vino una larga separación tras la desgracia que se cebó en casa de los Morcillos. Las dos hermanas de Irene, Ana y María, se contagiaron de poliomielitis en una epidemia que azotó la zona y castigó cruelmente a la población infantil. Ana, tras largos días de fiebre, logró reponerse, pero María quedó marcada por la infección. Sus piernas no se desarrollaron con normalidad y quedaron, con el paso de los años, raquílicas y atrofiadas, además de un defecto fatigoso en la respiración que en los días de calor parecía ahogarse. En esos días soleados de avanzada primavera, Miguel el Morcillo cogía en brazos a su hija y la sentaba en una silla ancha de tablas que había hecho para ella, a la sombra de una cercana encina. Ellos la veían allí sentada, sin participar en sus juegos, creciendo en soledad; y María crecía desde su silla de inválida viendo deslizarse ante ella un mundo de risas y juegos en el que ella ya no podía participar.

Años más tarde, Irene se fue con sus padres a una majada, pero antes de tener que marcharse a la guerra, por la época de la esquila, ella volvió y pasó unos días en el cortijo hasta que terminaron de esquilar todas las piaras de ovejas de las distintas majadas. Para entonces ya no era una niña, y la imagen de la joven Irene, mientras sus pies, sin descanso, lo llevan hacia la tierra del amo, se le hace a Manuel dulce, apetitosa. Una sonrisa de resignada satisfacción se dibuja en su rostro. Y recordó, una vez más, su despedida...

Aquel día, Irene, rebosante de lozanía y belleza, había acudido a la casa del ama para ayudar en las distintas faenas, ya que en la época de la esquila se llenaba el cortijo de pastores, esquiladores, tratantes de lana o afladores que también aprovechaban para pasarse por Los Pajarones, y todas las manos femeninas eran necesarias para atender a los hombres. Él tuvo ocasión de verla cuando el ama, enterada de que se marchaba a la guerra, le había dicho a su padre que se pasara a despedirse, aunque fue ella la que no quiso pagar el rescate

que lo eximiera. «¿Quién iba a ir entonces a luchar por la patria si a los pobres también se les pagaba la exención?», había dicho la cristiana señora.

Así que la tarde que Manuel fue a presentarse ante el ama para despedirse —y este recuerdo, tan lejano y dulce, se incrusta en las entretelas de sus entrañas— Irene estaba sentada, con su pelo recogido que dejaba al descubierto un blanco y redondo cuello moteado por algunos cabellos finos y rebeldes que se negaban a uncirse a la horquilla del moño, grande, perfectamente redondo, negro y brillante, afanándose, junto a otras mozas, en embotellar pulpa de tomate que recogían de un gran lebrillo de barro. Sus ojos se cruzaron y, por un momento, Manuel pensó que ella se reía de la torpeza con la que parecía andar por aquellos pasillos, intentando no tropezar con la multitud de cachivaches y muebles que se interponían en su camino, hasta que el guarda, aquel viejo que antes tanto peleara con la desobediencia de todos los niños cuando, curiosos, se asomaban al jardín tras la inmensa cancela, lo llevó ante la presencia de doña Felisa.

De lejos llegaban los lastimeros balidos de las ovejas, amarradas sus patas y esquiladas sin mucho cuidado ante las prisas del trabajo. Un olor denso a grasa y a lana llenaba el ambiente del cortijo y penetraba hasta el último rincón de la casa.

Los ojos de Irene encandilaron a Manuel. Apenas si pudo estar pendiente de lo que el ama le dijo. Pero sí recordaba el sentimiento que se le incrustó en lo más hondo de su ser y se repitió a sí mismo, sin olvidar aquella promesa infantil hecha una tarde de juegos, que aquella sería la madre de sus hijos. Recordaba que semejante pensamiento lo acosó durante todo el día royéndole las entrañas. Por la tarde, una extraña intranquilidad lo consumía y, decidido, se plantó en la esquina de la casa a esperar a que saliera Irene.

Lo que no supo entonces Manuel fue que otros ojos, lujuriosos y posesivos, los de don Basilio, el amo, también estaban pendientes y fijos en el cuerpo, en el cuello y en el rostro de la muchacha.

